

## **DOLORES MARTINEZ PORTILLA**

Quiero aprovechar la ocasión de esta Reunión Clínico Radiológica que corresponde a nuestro hospital, para, en voz de mi hijo, hacer llegar a ustedes estas palabras escritas en recuerdo de Dolores Martínez Portilla, Lola.

Es para mí más fácil hacer llegar estas notas de esta forma, por dos razones: la primera, mi estado de salud, que aunque en recuperación, no me permite todavía presentarme de forma adecuada ante ustedes para darle lectura, y la segunda, porque me es más fácil escribir desde la casa que leer en este ámbito, donde conocí, trabajé, aprendí y confraternicé, muchas veces con Lola.

A Lola la conocí hace 51 años, como estudiante del último año de Enfermería del Hospital General Calixto García y actuando como Jefa del Salón de Operaciones del Pabellón Albarrán, donde estamos. Como alumna, vestía de saya amplia y azul con delantal blanco y gorro de enfermera blanco, pero la conocí vestida de ropa verde, gorro y tapabocas.

Desde entonces la supe dispuesta a enseñar lo que sabía y a desempeñarse en el cargo que tenía asignado con responsabilidad y ejecutividad sorprendentes. El Prof. Rodríguez Molina, Jefe de la Cátedra de Urología en aquellos tiempos, no permitía que Lola abandonara el Pabellón y se valía de su posición para impedir que las rotaciones programadas para las alumnas pudieran producir su ausencia. Así la vi también como Enfermera de la Sala de Mujeres del Pabellón y de Jefa del Pabellón.

De Lola aprendí como se entra a un salón de operaciones, como se hace un lavado de manos y antebrazos, con agua, jabón y cepillo, por diez minutos contados por el reloj y vigilados por ella, ponerme la bata de cirujano, ponerme correctamente los guantes y actuar como instrumentista. La preparación de la mesa auxiliar, la preparación de los instrumentos, la comprobación de las sondas y tener montada una sonda de balón de 75 ml en un conductor de sondas, el cortar el catgut en diferentes medidas, etc.

Ella se sabía cada una de las operaciones quirúrgicas a realizar y las preferencias de cada cirujano. Me enseñó a extender un salón de operaciones, previo flameado de las mesas y a colocar un salón en formol cuando era necesario. Pero, no sólo enseñaba en el salón de operaciones, en la sala aprendí de ella como canalizar una vena, cómo inyectar intramuscular, cómo pasar una sonda de Levine, cómo curar las heridas, cómo hacer lavados vesicales, cómo desbridar una escara y sobre todo cómo tratar a los pacientes. Nada de esto se aprende en la carrera, ni en los libros.

Su trato era respetuoso: me conoció como Tony pero desde el momento en que me gradué de médico y comencé la Residencia de

Urología, su trato, en público, siempre fue de Dr. Rivero. Con todos fue igual, para ella cada médico del Servicio merecía su respeto. Fue compañera del Dr. Rosildo en el Bachillerato, pero siempre lo trató de Doctor. Nos conoció a todos comenzando, compartió con nosotros en fiestas y en trabajos voluntarios, pero siempre mantuvo el trato respetuoso.

Lola se ausentó del hospital en una época, no muy larga, en que trabajó en el Hospital de Topes de Collantes, según nos dijo y cuando regresó, volvió para Albarrán. Tengo la satisfacción de que, debido a la tarea de hacer estudiar a todo el que pudiera, logré que Lola se decidiera a estudiar una Licenciatura y se hizo Licenciada en Microbiología. Debido a esto pasó a trabajar en el Departamento de Microbiología del hospital pero nunca perdió el vínculo con la Sala de Urología.

Conocía al hospital como nadie. Tenía el don de la comunicación con todo el personal. Mientras fue Jefa de Salón de Albarrán logró una integración total de sus trabajadores, de manera que se llevara a cabo el trabajo siempre con la mayor calidad. Sus empleados, ahora recuerdo a Ustergilio, que además de limpiar el salón era capaz de camillar y colocar a un paciente en posición de lumbotomía, el solo, y de acuerdo a las preferencias de cada cirujano, a Ramiro, a Elsa que llegó a ser instrumentista y a poder sustituir a Lola cuando era necesario, la respetaban y la querían a la vez.

Podía relacionarse con cualquiera, dentro del hospital, y lograr sus propósitos en función del trabajo. Hablaba con cada cual de manera entendible, lo mismo con un compañero de mantenimiento que con un Jefe de Servicio o un Profesor de Medicina. Se mantuvo en relación con los urólogos siempre. Participó en forma activa en las reuniones clínico radiológicas como esta, en las Jornadas Científicas y en los Congresos, siempre cooperando con el éxito de cada actividad.

Para mi la enfermera es la persona más importante del equipo de trabajo en la salud. Con el perdón de los enfermeros, que he conocido muy buenos en su trabajo, la naturaleza les da a las enfermeras el don de ser la mujer la representación materna que necesita el enfermo y la que además se ocupa de brindar un escenario familiar y agradable al más grave de los enfermos.

He conocido muy buenas enfermeras. He trabajado con excelentes enfermeras, pero cuando pienso en una enfermera, pienso primero en Lola.

Las generaciones de urólogos, desde los años 50 del pasado siglo, conocieron a Lola y lo que representó para la Urología. Supe hace pocos días que Lola falleció en este, su hospital, después de un cuadro clínico no bien definido. Lo supe por la Dra. Daisy Contreras,

Jefa de este Servicio y Residente mía en los años 70, con quien junto a Lola trabajamos intensamente en aquella época. No quería, por todo esto, dejar de recordar a Lola hoy, aquí en Albarrán, junto a sus compañeros y junto a los nuevos urólogos en formación. A Lola como enfermera, como trabajadora de la salud, como Jefa, como revolucionaria, como amiga, como madre, en fin, como mujer cubana.

Dr. Antonio Rivero Alvisa  
Profesor Consultante de Urología.

